















































saludaba con la mano mientras yo la llamaba a gritos tras el cristal. Cuando me apeaba, ella me cogía rápidamente de la mano, hacía caso omiso de las fulminantes miradas de las negras y se me llevaba a toda velocidad.

Una tarde en que regresábamos de la parada le pregunté por qué no era como las demás.

—Porque no soy ellas —dijo.

—¿Quién eres entonces? —pregunté.

—Tu madre.

—¿Y por qué no te pareces a la madre de Rodney o de Pete? ¿Cómo es que no te pareces a mí?

Suspiró y se encogió de hombros: evidentemente no era la primera vez que le planteaban la cuestión.

—Me parezco a ti: soy tu madre. Haces demasiadas preguntas. Educa tu mente: la escuela es importante. Olvídate de Rodney, Pete y de sus madres y piensa en la escuela. Relega todo lo demás. ¿A quién le importan Rodney y Pete? Cuando ellos vayan por un lado, tú sigues otro, ¿comprendes? Cuando ellos tomen un camino, tú ve por el contrario, ¿me has entendido?

—Sí.

—Sé lo que te digo. No vayas detrás de ninguno de ellos: quédate con tus hermanos. Eso es lo que debes hacer. Y no le cuentes a nadie tus cosas.

Final de la discusión.

Quince días después el autobús me dejó y mamá no estaba allí.

Fui presa del pánico. En algún rincón de mi mente recordé que ella me había advertido:

—Tendrás que aprender a volver solo a casa.

Pero aquel recuerdo parpadeaba como una luz opaca y distante en un mar tormentoso y yo me hundí en el pánico. Estaba perdido. Mi casa se encontraba a dos manzanas,